



EL HIJO DE LA ALEMANA

Francisco Díaz Jiménez

EL HIJO DE LA ALEMANA



Primera edición: enero 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Díaz Jiménez

© Jara Díaz Vázquez. *La niña de la Caty*: Diseño de portada.

ISBN: 978-84-18544-78-1

ISBN digital: 978-84-18544-79-8

Depósito legal: M-922-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Madrid.

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Caty, a quien tanto debo.

Abelardo descansa a la orilla de su elegante cama italiana de madera de cerezo. Fuera, en la calle, la luz tibia del primer resplandor ya comienza a destapar edificios y despertar rutinas. En este punto, el ánimo de los pájaros se ha disparado; cantaban desde antes del amanecer, pero se han puesto a piar como locos, gorjeando notas de llamadas que parecen suplicar un rincón refrigerado. No hay organismo vivo que se libre esta mañana del sopor canicular; el verano que ha caído este año —perversa gentileza de un dios ganado por el disparate— ha terminado convirtiendo la vida de la ciudad en un infernal castigo. Los vecinos, agobiados de tanto calor, para conjurar las malditas secuelas de un ardoroso insomnio, en cuanto termine de aclararse el día y las calles retomen el ritmo atenuado que impone la rutina estival, dedicarán a las tórridas temperaturas esperadas para hoy un irónico repudio compartido hasta por los más excéntricos.

Los párpados, cerrados con suavidad, igual que sus labios, ligeramente fijados uno al otro —como si un aire de olvido rondase sobre ambos acomodados—, confieren a su rostro una actitud apacible; se diría que de entrega. Nada hace sospechar, menos aún su ceño aplacado, el insólito drama que comienza a gestarse por dentro. Cautivado por la indiscreción escarlata que despide el vívido manto de amapolas que sale a su encuentro, Abelardo es conducido a un espacio subterráneo donde apenas llega el sol. Ya no hay vuelta atrás y, para su desesperación, cada paso que da solo consigue alejarlo del lugar hacia donde pretende encauzar al destino. Huye de un salto que es incapaz de superar. Tiene miedo; el mismo miedo que lo ha moldeado hasta hacer de él quien ahora mismo es. La escena es todavía más extraña: se halla en cueros —no por espontánea voluntad— y, avergonzado, afronta la insolencia desatada por las desquiciantes risas que lo acechan en este momento. De

pronto, el escenario se transforma, pero no así el resquemor que enfanga y martillea su conciencia. La tétrica calle por la que deambula, bañada de una misteriosa luz violácea, la presiente atestada de impactados ojos orientados con morbosa atención hacia su onírico *striptease*. En medio de todo este desconcierto, justo un instante antes de que el sonido metálico de la alarma del teléfono se inserte en el sueño para devolverlo al mundo de la cotidianidad, retumban en su corazón los graznidos lúgubres de una agrupación de erizados cuervos que, insistentes y excepcionalmente abarrotados, inundan, desafiantes, el cableado eléctrico y los canalones de zinc adheridos a las fachadas de los edificios que flanquean su desatinada caminata. Uno de estos pájaros da un inesperado vuelo para posarse sobre su hombro y, como el insolente animal se acerca a su cara más allá de lo que aconseja la prudencia, Abelardo percibe el aliento repulsivo que desprende el pico negro y curvado del bicho, que, con una voz cascada y opaca —muy desagradable—, le susurra al oído: «Qué buena pareja hacen». Enseguida, el aire se vuelve cada vez más oscuro, hasta transformarse todo en una densa negritud que lo asfixia.

El despliegue de autobuses urbanos está a punto de arrancar motores. No es un viernes cualquiera; sino el que da comienzo al último fin de semana de agosto; el resto de una succulenta salsa que bajo ninguna excusa se debe obviar —un premio de consolación para quienes se han quedado sin vacaciones—. Ya hay gente que, para librarse del atasco de última hora, acaba de saltar de la cama y, sin limpiarse las legañas, carga el maletero del coche con la ilusión surcando el instante glorioso del mediodía en el que, tras librarse de una jornada laboral inacabable, huirá pitando hacia la playa. Y una vez en el destino, superada la irritante odisea del aparcamiento, rematar el día transfigurando la terapéutica contemplación de un atardecer con gaviotas a contraluz en la virtuosa disposición espiritual que se precisa para encarar con paciencia el rutinario programa del día siguiente: adaptar la ubicación de una colorista toalla a las subidas y bajadas de la marea mientras se padece un gregario

achicharramiento frente a un endemoniado sol capaz de empalidecer la pintura de los coches y despellejar con saña la piel de los más desprevenidos.

No todo son despertares a esta hora de intermediación. Ayer fue jueves y, como bien describió Abelardo en su diario personal: *Algunos de nuestros jóvenes, en tanto que mantienen un severo convenio también con este día de la semana, como murciélagos ofuscados con el primer amago de luz, tan pronto sus relojes biológicos detectan el olor a laboriosidad que trae consigo el primer claro del día, tras haber distribuido una cantidad indefinida de orines allí donde el azar dispuso, regresan entre cambaladas y cantos nasales a la cama que mamá —hinchida de amor y extravío en similares proporciones— aireó, estiró y embelleció ayer a media tarde en cuanto la criatura abandonó las sábanas para emprender una nueva aventura.*

Siempre se entregó al enigmático e impúdico universo de los sueños como lo hace ahora —de costado, dando la espalda al mundo sin el menor recato, y buscando con las rodillas el amparo del pecho—. Cualquiera diría que permanece en esta postura ovillada para defenderse de la sospechosa calma que sobrevuela el dormitorio; un dormitorio amplio, sereno y muy acogedor, con un mobiliario ayuno de estridencias agotadoras. En cuanto se inunde de la luz desveladora de la mañana, aflorará, encantadoramente arropada por el tono crema que decora las paredes, la exquisita combinación de objetos que lo pueblan. Tan solo la nota de color que brindan dos cuadros muy pequeños, el atrevido diseño de las lamparitas que reposan sobre las mesillas de noche y algún que otro espontáneo complemento avivan, sin la menor disonancia, el clima relajante que impera en esta estancia. Abelardo, como si precisase poner al descubierto una nota discordante, deshace el final de la espiral que su cuerpo no llega a perfilar por completo, pues las piernas, temerosamente contraídas a la altura de las corvas, dibujan ambas, una encima de la otra, la misma figura quebrada. El cálido azul que ya se extiende por la atmósfera de la ciudad ha hallado un pequeño resquicio entre las lamas de la persiana; por ahí esparce el hilo de luz enardecida que, como una pincelada intrusa, posa su

brillo blanquecino sobre la mesita de noche. Los brazos de Abelardo, aferrados a la almohada, abundan en la misma desagregación del mundo externo reflejado por el resto del cuerpo, mostrándolo como una persona asustada e insatisfecha que pretende el acercamiento consigo que no termina de hallar durante la vigilia. Da la impresión de estar ofreciéndose un abrazo compasivo, un gesto de solidaridad hacia sí mismo del que participa hasta la cabeza; no hay más que fijarse en cómo la barbilla, hundida en el pecho, no desentona para nada con la sensación de íntimo recogimiento que, en conjunto, desprenden todas y cada una de las restantes partes que configuran la estampa que ofrece mientras descansa sobre las agradables sábanas de hilo de Egipto que lo acoge.

*

La primera vez que le hablaron a Abelardo de agricultura ecológica, alimentos orgánicos, permacultura y sistemas de cultivos basados en el método Fukuoka, fue en la sierra de la Alpujarra. Corrían los últimos coletazos de las vacaciones del verano del ochenta y cinco. Después de los exámenes de septiembre viajó a Granada para pasar el fin de semana sin más equipaje que el contenido del bolso de cuero que con inocente orgullo llevaba en bandoleras. De lo que allí guardaba, a él solo le importaba una libreta que incluía un poemario y algunos cuentos de su cosecha. Iscarío —compañero de facultad y persona de persuasiva sonrisa— se apuntó a la aventura en el último momento. Como único patrimonio compartían dos mil ochocientas pesetas que les habían sobrado tras pagar el billete de ida y vuelta en tren.

El día había caído definitivamente. Los jóvenes excursionistas, acompañados de una botella de güisqui barato, y rodeados del rumor de los insectos nocturnos, subían entre risas frenéticas un camino de tierra delineado con chumberas y árboles de sombra. La luna, esplendorosa como nunca, comenzaba a cubrir el campo de una vaporosa tonalidad plateada. A medida que la botella se

fue vaciando, percibían cómo el sendero incrementaba su sinuosidad. Los árboles diseminados por el paisaje se mostraban ajenos a los despreocupados caminantes. Estos modificaron su rumbo sin darse cuenta y terminaron en una pequeña cerca de piedras que indicaba el límite de algo. Iscario, muy dado al sopor nostálgico en cuanto se tomaba una copa de más, se había empeñado en tomar aquel impreciso destino; dirigía la ruta ateniéndose a los nebulosos recuerdos de una excursión realizada unos años atrás. A ninguno de los dos le desanimó el extravío, había algo liberador en la caminata, una especie de regresión al adolescente que faena inmerso en una excitante travesura. Volvieron por sus pasos durante un buen trecho, pasándose el último cigarro que les quedaba, y, mientras tanto, animosos, disfrutaban de la variada interpretación de un ruiñón común, alternando trinos con sonidos aflautados. El nuevo itinerario que probaron los condujo a un barranco desde el que se divisaban los trémulos vaivenes producidos por la llama de una hoguera. Distinguieron varias siluetas humanas a contraluz repletas de jolgorio y carcajadas. Una mezcla de intriga y ánimo transgresor los acercó hasta la entrada de aquella cueva sin puerta, llena de bahorrina y amenazada de derrumbe, donde, alrededor del fuego, encontraron a un grupo de jubilosos individuos emborrizados con la misma mugre encallecida que cubría las paredes de la inesperada guarida. La banda sonora corría por cuenta de dos melendados que, con más ímpetu que pericia, golpeaban sendos tambores, a cual más destartado; acompañaban los lastimosos maullidos que despedía la voz aflamencada de un joven desencajado, paliducho y escaso de carnes. El decorado de fondo lo componían, además de las botellas vacías entre las que jugueteaba una pareja de gatos, una especie de mueble-bar desvencijado, cajas de cartón apiladas y una nevera portátil —bien nutrida de alcohol— acogida en la estructura metálica de una sillita de bebé. Lo que sea que saliese del elenco de atrevidos músicos rezumaba el aire indolente de una obligada espontaneidad. De una olla requemada, en peores condiciones que las que, a veces, sirven de atrezo para convertir con justicia un es-

pacio en estercolero, bullía un brebaje en el que mandaba el olor a membrillo. A los recién llegados no les supuso demasiado empeño insertarse en la reunión; enseguida fueron absorbidos por la fiesta. El humo de los porros de marihuana competía con el que desprendía la destartada vasija, tan barrigona como la preñez de una de las chicas que formaba parte del elenco. La llama de la fogata fue perdiendo viveza hasta desaparecer en un manto de cenizas; en su lugar, el enorme clavillo de otro canuto paseándose alrededor de las brasas componía figuras rojizas en el aire de aquella noche estrellada. Se lo fueron pasando; también corrían las bebidas. El mundo se ralentizó. El más dicharachero de todos los participantes de la reunión, con la cara enmarcada entre unas patillas muy largas —hasta la mandíbula—, y que, junto a otros cuatro, abarrotaba el asiento arrancado de la parte de atrás de un Dyane 6, sacó la armónica del bolsillo de la camisa y, con más voluntad que tiento, hizo cuanto pudo para acoplar una melodía a los derrotados golpes que improvisaban los espontáneos percusionistas. Poco a poco la música se fue ahogando; en su lugar se escuchaban frases hilarantes y deshilvanadas que sirvieron de preámbulo a disparatadas historias. Las palabras se volvieron lejanas y, espaciándose unas de otras, deambulaban por el aire desértico que se presentó tras un festín de risas enigmáticas.

A la mañana siguiente, poco era lo que Abelardo recordaba de la noche anterior. Su vejiga ya no daba más abasto y acabó despertándolo. Antes de despegar los ojos, una duda lo inquietó: «¿Y ahora dónde estoy?». Ni el silbido de una cafetera ni el mullido del colchón que lo acogía ni, tampoco, las sábanas le resultaban familiares. Desplegó uno solo de los párpados y se encontró con las nalgas prometedoras de una mujer sin bragas. Ella, apercebida del despertar de su huésped, se dio la vuelta con toda naturalidad y, entonces, la imagen repentina de su vello púbico —negrísimo y en sortijado— provocó el súbito despliegue del ojo perezoso. Abelardo parpadeó sorprendido. La sensación de perplejidad amortiguó el malestar que invadía su cuerpo. No tenía ni idea del paradero

de su amigo Iscario; tampoco es que le fuese la vida en ello. En el momento de abandonar la cama sintió la cabeza llena de enemigos pinchándole. Mientras tanto, en el estómago se libraba una cruenta guerra fratricida. Debería haber telefonado a su madre —la *Alemana*—. Intentó decir algo, pero como la voz se le resistía —tenía la garganta reseca como la arena del desierto—, carraspeó varias veces para aclarársela hasta que, por fin, pudo preguntar:

—Perdona, ¿dónde...?

Abelardo, tras desprezarse con disimulo, se llevó una mano a la frente como si indicase algo, al mismo tiempo que paseaba el desconcierto de sus ojos por la habitación intentando no perder la discreción. Era la única estancia de la vivienda. La luz limpia de la mañana ayudaba a disfrazar la escasez de espacio. No le pasó inadvertido el aire contracultural y psicodélico que exhalaban las fotografías, pinturas y pósteres que cubrían con generosidad aquellas viejas paredes de pizarra blanqueada. Se fijó en el gato que dormía sobre una especie de tatami inundado de cojines con estampados muy coloridos de temática étnica. La leña crepitaba en la chimenea cuando la mujer, descalza, retiraba la cafetera de la parrilla. Enfrente de la cama le llamó la atención el cometido de las sillas que rodeaban la rudimentaria mesa de madera cubierta con un mantel de hule rojo: todas, sin excepción, tenían el asiento atestado de libros —como la mesa— y, coronando una de aquellas librescas montañas, había platos con restos de comida y cubiertos adornados con una pátina viscosa. Abelardo balbuceó:

—...Lavabo, ¿dónde está el lavabo?

—Sigue la regla *wu wei* —contestó ella sonriente, pronunciando sus palabras con un acento francés que lo cautivó definitivamente. Había en sus ojos una envidiable serenidad.

—¿Eh?

—No hagas nada, deja que las cosas sigan su curso.

El hijo de la Alemana entendió que había que salir de allí y buscarse la vida. Enmarcado por una ventana de madera se veía el campo —una estampa bucólica de la Alpujarra granadina lige-

ramente empalidecida por la suciedad del cristal—. La imagen invitaba a perderse por ella. Al abandonar la cama se percató de que no llevaba calzoncillos. Hizo como si no le afectase su desnudez y, pese a que le pareció que la mejor manera de mimetizarse en aquel modesto refugio pasaba por atenerse a la regla *wu wei*, buscó sus pantalones. «Estarán todavía mojados; acabo de tenderlos», le indicó la francesa a la vez que le acercaba un tarro de barro que contenía una pasta parda. Para romper el desconcierto que el hijo de la Alemana había dibujado en su rostro, le aclaró: «Pasta de dientes natural: dos cucharadas de cáscara de limón triturada, se le agrega un cuarto de traza de levadura de cerveza y dos cucharaditas de sal. Solo hay que moler los ingredientes. En esa caja verde creo que hay un cepillo nuevo. Toma; una toalla limpia».

A la salida, por encima de los sonidos ásperos y resecos que recubrían el campo durante aquellos primeros días de septiembre, Abelardo oyó un simpático cloqueo de gallinas. Junto a un pequeño huerto vigilado por un descolorido espantapájaros se encontró un tendedero improvisado del que colgaban un trío de bragas ahorcadas, una camisa con los brazos en actitud sumisa y dos murciélagos disfrazados de toalla. Sus pantalones vaqueros, todavía húmedos, presidían la reunión textil. La luz celeste de la mañana confería una agradable suavidad al campo. A la espalda, rodeada de multitud de árboles de diferentes especies —quejigos, robles melojos, castaños... —, en el interior de una especie de cochinería semiderruida, llena de ilusas aspiraciones románticas, halló donde aliviarse: uno de esos retretes sin taza; solo un agujero sobre el que había que acuclillarse, sin más compañía que un clavo enmohecido soportando a un canuto de cartón con escaso rastro de papel higiénico.

Cuando volvió a la casa, ella lo recibió acercándole una complaciente taza de café y un plato con rebanadas de pan con membrillo. El gesto curvo de su boca radiante parecía insinuarle: «ya te darás cuenta de que no hay mejor vida que la que encuentres aquí». Los trazos ondulantes del humo tenue y azulado que exhalaba la cafetera brindaban a la mañana un ritmo tranquilo y acogedor. «Andas

con la ligereza de un bailarín», le dijo la francesa, sorprendida por la manera tan singular con la que su huésped caminaba. Abelardo no supo qué contestar, padecía una resaca que lo hermanaba con un cosaco. Aspiró el aroma suave del café como si realizase un conjuro para mitigar el malestar que sentía. Apenas recordaba nada de cómo terminó la noche, ni siquiera sabía el nombre de la mujer.

Nicole era una francesita menuda, con ojos lánguidos de intelectual noctámbula, y la mejor boca imaginable para despedir palabras impregnadas de la sensualidad húmeda que aportaba su acento francés. Una naricilla respingona le confería a su rostro cierto aire angelical. Abelardo no pudo evitar un parpadeo de incredulidad cuando ella le aseguró haber cumplido treinta y dos años hacía tres días. Se sentía incómodo con sus vergüenzas al aire, pero como no se atrevía a contradecir el código que parecía regir allí, hizo como si para él esta manera de estar en el mundo fuese la suya de toda la vida. Cuando terminaron de desayunar, la francesa le señaló un botijo del que Abelardo bebió con el ansia de un segador sediento. Después cogió dos cigarros de un paquete de Gauloises, le acercó uno a él hasta los labios, frotó una cerilla con la pared y, sin perder la sonrisa, le ofreció fuego. Mientras Nicole encendía su pitillo, el hijo de la Alemana aprovechó para dedicarle una mirada furtiva a los pechos. Enseguida sintió el gustillo que le provocaba la inoportuna fluencia de sangre emigrando hasta su miembro. No tuvo más remedio que sentarse y cruzarse de piernas para disimular el tenso acontecimiento. El gato, importunado, como si un cataclismo hubiera afectado al cojín sobre el que dormía, se despertó con un gruñido de irritación y saltó al suelo en un movimiento rápido y sigiloso. Mientras llenaban la habitación de humo, Nicole habló de su vida; lo hacía con muy buen humor y, además, moviéndose sin bragas con toda naturalidad. La sensación del hijo de la Alemana era totalmente opuesta; no bien apagó el cigarro, cogió unos calzoncillos limpios de su bolso y, por fin, clausuró el embarazoso efecto que le provocaba su desnudez.

Una de las paredes se encontraba abarrotada de arriba abajo de libros entremezclados con polvorientos adornos —una escupidera desportillada con un símbolo en caligrafía china, botellas vacías, máscaras africanas...—. Abelardo se acercó a los rústicos anaquelos y, entretanto ella recogía los restos del desayuno, él se dedicó a echarle un vistazo a los lomos de los libros y a hojear algunos de ellos. Castañeda, Lobsang Rampa, Tagore, Gilbran, Herman Hesse, Vishnu Devananda, Gurdjieff, Gandhi, Adolf Huxley, Rousseau, Trotsky, Rudolf Steiner, Stevenson... La mayoría trataba sobre esoterismo y espiritualismo; había muchos libros orientales, aunque, también, de yoga, de autogestión, de anarquismo, de medicina alternativa, de agricultura ecológica...

—¿Te has leído todo esto? —preguntó el hijo de la Alemana, con una sonrisa sarcástica a medio esconder.

—Alguno sí, pero... no, no son míos; son de Christian.

Nicole recaló en la soledad de aquella casita, a dos pasos de Órgiva, en las faldas de la cara sur de Sierra Nevada, tras abandonar un trabajo bien retribuido dirigiendo uno de los departamentos de una fábrica de productos químicos. Cuando conoció a Christian en Ibiza, no le supuso ningún remordimiento tener que renunciar a un pintoresco ático abuhardillado junto al teatro del Capitolio de Toulouse. «Vine a esta tierra para vaciarme de convencionalismos», dijo y, con los ojos iluminados, recaló: «Esto es el paraíso, menos problemas, aquí encuentras todos los ingredientes necesarios para reconfortar la parte espiritual de tu persona». Llevaba una camiseta de rayas azules y blancas con las sisas raídas; quedaba claro que no pretendía esconder sus pechos, preciosos y ansiosos como el estandarte de una atrevida libertad similar a la que en su día pintó su paisano Delacroix.

Al día siguiente, Nicole le acercó a su huésped una especie de cofrecito de latón con el género y los útiles para preparar un porro. En aquel enclave —según Christian— no pegaba una televisión ni agua corriente ni, tampoco, electricidad, pero Nicole se había permitido una leve transgresión: un destartado radiocasete a pilas.

Eligió una cinta de casete entre las que había desperdigadas por la mesa, y se fumaron el canuto con la casa inundada de la canción de Cat Stevens *My Lady d'Arbanville*. Atenuó la luz de la estancia dejando la puerta de la ventana entreabierta y, sin apenas hablar, permanecieron tumbados sobre aquella especie de tatami cargada de cojines llenos de alegría campestre. El efecto de la hierba invitaba a dejarse transportar por la música; también a conversar con serenidad. El hijo de la Alemana se fijó en los pósteres que decoraban una de las paredes. En la ilustración de más tamaño figuraba el símbolo que representa los conceptos del yin y el yang, y en la otra se recogía la silueta de un indio americano a contraluz sobre el fondo rojo de una puesta de sol. Nicole habló sobre su significado. Después Abelardo improvisó algunas vaguedades hasta recalar en el tema de la felicidad.

—Lo más cerca que estuve nunca de la felicidad fue jugando al escondite —contaba Abelardo—. Yo tendría seis o siete años. Conseguí camuflarme dentro de un tres cuartos de mi padre que se hallaba colgado en el galán. No se me olvida el rostro de Ada —la amiga que tenía que encontrarme— mientras la pobre, desencajada, abría todas las puertas del armario después de haberme buscado por todos lados; también debajo de la cama. Presentía que yo estaba en la habitación. Miró detrás de la cortina, palpó los almohadones, miraba a la ventana... No podía imaginarse que yo, temblando con la excitación del juego, contenía la respiración a dos pasos de ella. En aquel instante algo en mi estómago iba a estallar de gusto.

Nicole hizo que la conversación girase en torno al cambio de conciencia. Parecía como si las pocas palabras que se iban cruzando tuviesen que ser bañadas en una salsa de silencio antes de salir al aire: uno decía algo y el otro respondía al cabo de un buen rato. A veces, cualquiera de los dos, sin saber por qué, cambiaba la orientación de la conversación, pero la repuesta tardía de su interlocutor podía corresponder a algún punto anterior de la charla —un comentario huérfano cuya réplica aún no había sido

satisfecha—; con lo cual la charla fluía envuelta en un desordenado bucle.

—Vivir el momento —dijo el hijo de la Alemana con la voz pastosa, interrumpiendo el silencio para responder a algo a lo que ella se había referido hacía ya varios minutos. Cada vez que el hijo de la Alemana intervenía, dudaba cuál era exactamente su papel en la conversación. Sus palabras le sonaban a él mismo como una suerte de ensayo error—, ¿no?

—No, no, qué va. No es eso. La fascinación por el deseo inmediato acaba vaciándote. Ese dejarte llevar no te hace libre, pierdes responsabilidad, no eres tú quien elige. Terminas preso. Vender tu voluntad al instante te lleva a la desesperación. Al final acabas asqueado de todo, caes en la melancolía.

—¿A eso lleva buscar el placer? —preguntó el hijo de la Alemana al cabo de unos minutos, y, tras otra de aquellas pausas de silencio, al mismo tiempo que daba una leve exhalación de contrariedad, dijo—: ¿Al dolor?

La francesa se mantuvo callada una amplia porción de tiempo.

—Así es —respondió por fin—, y de la melancolía solo te salvas si te vuelves una persona cínica.

—¿Tú crees? Pues yo no...

—Abelardo, me parece que todavía eres algo ingenuo —interrumpió Nicole dándole una palmadita en el muslo—. La inocencia es una etapa dulce, pero hay que quemarla cuanto antes para lograr experimentar la maldad, la culpabilidad, la picardía, la lujuria... Se necesita colmar la vida de placeres de todo tipo, tensar la cuerda, asquearse de todo. Después no hay más remedio que pasar por la experiencia del vacío y la angustia.

—¿Y no es mejor saltarse este último paso? ¿Para qué angustiarse?

—No hay otro camino para avanzar. Son las leyes de la vida.

Los ojos de Abelardo dirigieron su atención a los pechos de ella; el campo le sentaba de maravilla. En ese instante se cruzaron la mirada. Él se sintió cohibido y, para salir del embarazo, soltó la primera obviedad que le pasó por la cabeza: